

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL MAGO
DEL AMANECEER
Y EL ATARDECER

Fernando Olavarría Gabler

4



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

EL MAGO
DEL AMANECECER
Y EL ATARDECER

Fernando Olavarría Gabler

*H*abía una vez un hombre bueno y sabio, que vivía en una ciudad. Ésta no era ni muy grande ni muy chica, como la mayoría de las ciudades de la Tierra, porque, ¿cómo se puede evaluar el tamaño de una ciudad si se compara con otra, otra y otra?

Pues bien, en dicha ciudad en la cual existía todo tipo de bondades y maldades de los seres que en ella habitaban, provocaba al hombre sabio una inquietud en su espíritu ¿Por qué había hombres extremadamente malos entre los buenos? ¿Acaso estos malvados se comportaban así por falta de conocimiento de la Verdad?

Como estaba rodeado de numerosos artefactos que emitían ruidos estridentes, llámese teléfonos celulares, aparatos de televisión, motocicletas manejadas por adolescentes, alarmas de automóviles, sirenas de carros bombas y ambulancias de unidades coronarias, etc. Decidió salir de la ciudad e irse a vivir a un lugar donde nadie lo molestara con ese tipo de ruidos creados por la estupenda civilización.

Se fue a la selva tropical de América del Sur, y con la ayuda de algunos amistosos indígenas, construyó una alta, altísima torre que dominaba desde allá arriba, por encima de los gigantescos árboles, el verde infinito de la selva con sus serpenteantes ríos. En fin, todo el horizonte se veía desde cualquier ángulo de su torre.

Así estaba, iniciando sus meditaciones en este ambiente

paradisíaco, para así tratar de llegar a una respuesta acertada a la inquietud de su espíritu, cuando oyó a lo lejos ruidos de una maquinaria y unos crujidos estruendosos.

Eran los hombres que estaban talando la selva con fragor.

Días después, el río más cercano a la torre del sabio, era envenenado con cianuro para extraer el oro de sus orillas. Más tarde, el aire puro de allá arriba y de toda la región, se transformó en una densa humareda, producto de los incendios que provocaban unos colonos que habían decidido instalarse allí con su ganado.

-¡Necios! Exclamó el hombre sabio ¿Por qué no emplean su inteligencia para vivir mejor, rodeados de belleza y armonía?

-A nosotros no nos interesa la belleza ni la armonía- respondieron los recién llegados- ¡Nos importa el oro que extraemos del río! Que mueran los peces; no tiene importancia.

-Pero... ¿Por qué no inventan una máquina que fabrique oro por transmutación atómica? ¿O sintetice proteínas? Así no desbastarían todo esto.

-¿Máquina que sintetice qué? ¡Cállate viejo tonto, o quemaremos también tu torre!- le dijeron.

Entonces el buen sabio pareció tener al fin la respuesta de sus largas meditaciones.

Ya la máquina taladora de árboles se acercaba más y más con el inminente peligro de echar abajo la torre, y el sabio prefirió no ser

sabio y se convirtió en mago.

Ahora, convertido en mago, decidió viajar. Alejarse de allí. Nada le costó. Viajó con su pensamiento a otro planeta.

Un planeta que le diera paz y felicidad y que estuviera fuera del conocimiento de los hombres.

Se trasladó a uno sumamente original, porque tenía la forma de un paralelepípedorromboideoprismatetrangular.

Se divisaban tres lunas. Una llena, otra cuarto menguante y la otra cuarto creciente.

Su colorido era único en el firmamento, porque estaba hecho de una piedra transparente, no opaca como la tierra. Era una transparencia especial, que alternaba del color rosado al de aguamarina y esto dependía del lugar y tiempo donde se encontraba el sabio. Perdón, el mago. Porque el planeta giraba en zigzag entre dos soles. Un sol que hacía brillar la superficie transparente con el color rosado y el otro, que la hacía brillar con el color agua marina. Eran un sol del amanecer y el otro del atardecer.

Solamente había amaneceres y atardeceres en este maravilloso planeta y entonces el mago decidió vivir allí como el Mago del Amanecer y del Atardecer.

Era en esos instantes una fecha memorable para la historia del planeta Paralelepípedorromboideoprismatetrangular.

Corría el año dos mil tres billones de años luz para la galaxia a

la cual pertenecía dicho planeta. Ni un segundo más, ni uno menos...

No podríamos decir que pasaron los días y las noches en el planeta donde habitaba el mago porque naturalmente estos no existían.

La verdad, es que el sabio, perdón, el mago, se empezó a sentir muy solo en este esplendoroso lugar y decidió pedirle al Todopoderoso que le enviara compañía, y pensó en las innumerables ninfas protectoras de las aguas y de la selva destrozada, en las dríadas o espíritus de los árboles, que seguramente vagaban llorosas sin que nadie se compadeciera de ellas en su mundo invisible y silencioso.

También recordó a todos los animales cuyo medio ambiente había sido arrasado por el fuego, y también a esos amables indígenas que lo habían ayudado a construir su altísima torre sobre la selva.

Rogó a Dios que todos ellos llegaran y lo acompañaran en su soledad.

Y sus espíritus llegaron...

El mago se vio rodeado de incontables especies de animales. Todas las que puedas imaginar en una selva tropical, y también de los hermosos espíritus del bosque y de los ríos.

Estaban dichosos y los que podían cantar, cantaban y los que sabían trinar y gorjear lo hacían de las mil maravillas y los monos aullaban de felicidad pero no desentonaban porque el bullicio y el

contento eran tan grande que se lloraba de alegría y los indígenas que habían sido muertos a escopetazos por el “avance de la civilización”, se les fue la pena y deseos de venganza en su nuevo planeta al que habían llegado, sólo sentían amor y ternura en su corazón y agradecieron al mago por haberlos traído allí.

¡Atención! Dijo el mago.

La felicidad no solamente se expresa con el canto sino también con el baile.

Y levantando un pie, chasqueó con sus dedos medios y pulgares de mago e inmediatamente se escuchó una maravillosa melodía ¡Grandiosa! Y el mago empezó a bailar, primero lentamente y después cada vez más rápido y todos los espíritus de los animales, ninfas y aborígenes del bosque comenzaron a danzar también al mismo compás.

¡Magnífico! ¡Un ballet gigantesco!

¡Formidable! *

Y el mago dio unos pequeños pasos cortos al son del violín y el chelo.

¡Qué risa les daba a los presentes al verlo bailar así, como equilibrándose en una cuerda!

Cuando estaba terminando la música, se oyó un ¡clac!

En esos momentos el planeta cambió bruscamente de ángulo y el amanecer aguamarina cambió a color rosado. Se vieron las tres

** Todos danzaban al compás del Concierto en F Rv 544 (P 308)
para violín, violonchelo, cuerdas y continuo de Antonio Vivaldi.*



lunas y a todos los animales y espíritus del bosque les dio un gran sueño.

Los indígenas decidieron encender una fogata, pero no encontraron medios para hacerla. No sabían que la noche nunca vendría y que no era necesario buscar alimentos, porque estaban allí en forma de espíritus. Pronto todos se quedaron dormidos y el mago, sentado en una transparente roca de color rosa, tallada como un talismán, observó este grandioso y apacible atardecer. Contempló el salir de las tres lunas: Llena, cuarto menguante y creciente y agradeció a Dios por todo lo que le había dado.

De pronto oyó sollozos, un finísimo sollozo, tan delicado como el zumbido de un mosquito. En realidad era un mosquito el que lloraba.

-¿Por qué lloras?- le preguntó el mago.

- Estaba picando a un ser humano en la selva, cuando se me coaguló la sangre en la trompa y no pude seguir chupando, sollozó el mosquito.

-No te aflijas- lo consoló el mago- Aunque eres un ser pequeñito en la selva y además transmites enfermedades a los animales y a humanos, a este lugar has viajado en espíritu de mosquito y no necesitas de tu trompa o aguijón para alimentarte.

¡Vuela tranquilo y feliz y goza de este atardecer! Porque cada ser, por muy insignificante que sea, tiene el privilegio de vivir en paz

aquí.

¡Vuela mosquito!

El mosquito se alejó lleno de felicidad y no volvió a molestar ni a enfermar a nadie.

Volaron también las aves buscando un refugio y surgieron murciélagos, lechuzas, felinos y toda clase de animales de hábitos nocturnos.

El planeta se llenó de ruidos de la selva al atardecer.

Era hermoso escucharlos. Sí. Es hermoso se dijo el mago y no se percató de que al lado suyo estaba de pie, una dríada. El mago, sentado en la roca, no le llegaba ni a la altura del tobillo. Era una inmensa mujer. Estaba desnuda, pero el mago no se había dado cuenta de ello porque era transparente. Solamente tenía la sensación que lo observaban desde muy arriba.

-¿Alguien está cerca de mí?- preguntó.

-Sí- contestó una armoniosa voz femenina- Soy el espíritu de ese gran árbol gomero que estaba cercano a tu torre en la jungla.

-¡Ah! ¡Sí! Recuerdo que era un hermoso gigante de la selva. La máquina lo taló porque estaba en el trazo de la carretera. Pero ¿dónde estás?

-Aquí. Al lado tuyo.

-Asombroso. ¿No puedes achicarte, dríada, para así conversar más cómodamente?



-Sí, puedo- respondió la dríada y se empequeñeció hasta llegar a la altura del mago. Ahora era visible y su cuerpo estaba cubierto por espléndidas hojas de gomero.

Su cabellera era de color gris castaño y sus ojos, verdes oscuros, ¡Un verde profundo que el sabio jamás había visto en su vida!

-¡Qué malvados los hombres, lo que han hecho contigo! Murmuró el mago al observar la gran belleza del espíritu del árbol.

-No tan malvados como ignorantes- respondió la hermosa mujer. Por sobrevivir sin respetar las leyes de la naturaleza, destruyen todo lo que está a su alrededor y terminan por destruirse ellos mismos. Pero, en fin, estoy feliz aquí, rodeada de mis compañeras del bosque y mis amigos los animales.

-Tienes razón, dijo el mago. Son palabras veraces. Si el ser humano supiera que cada planta posee un hermoso espíritu, no existirían las barracas. Más bien cultivarían la belleza y armonía del árbol que tú le transmites desde el interior hacia afuera.

-Los extremos son desastrosos- comentó la dríada. Nosotras entregamos nuestro cuerpo para ser útiles a la humanidad pero no nos gusta que nos hagan pedazos sin un buen motivo. Sufrimos mucho cuando destruyen árboles de las ciudades que adornan las calles. Nos rompen los brazos para divertirse y a veces nos podan hasta matarnos.

-Algún día llegará -interrumpió el mago- en que ya no habrá más alambres eléctricos en las calles de las ciudades y los árboles crecerán grandes y hermosos sin necesidad de podarlos... Solamente serán renovados cuando envejecan, rodeados de cariño y de un aire puro no contaminado por los gases del petróleo y la industria.

-Pero hay algo más, dijo la dríada.- En cada flor de cada planta habita un elfo que es el espíritu que vive en esa flor. Si supieras las tribulaciones que tienen nuestros pequeños amigos los elfos cuando cortan las flores o los niños las destrozan en las plazas.

-Si arrancan o destruyen la flor ¿qué hacen los elfos? - preguntó el mago.

-Simplemente se van a otra flor- respondió la dríada.

-¿Y si no hay más flores donde acogerse?

-Mueren.

-Como los niños humanos que no reciben cariño. Muere su espíritu al igual que los elfos cuando no reciben más el perfume de las flores...

-Atardece- dijo la dríada. Me iré a dormir, pero antes me entretendré conversando con mis compañeras. Hablamos de muchas cosas interesantes.

-¿De qué conversan las dríadas?, preguntó el mago.

-De la verde sabia, de los nidos, del colorido de los insectos, de frutos, de la profundidad que han alcanzado algunas de nuestras

raíces y de los nuevos pajarillos que han nacido y arrullamos en nuestros brazos. ¡Son tan tiernos! ¡Los amamos como si fueran nuestros propios hijos!

-Adiós...

-¡Qué buen corazón tienes! Alcanzó a decir el mago, pero la dríada había desaparecido. Sólo quedó un montón de hojas a los pies del mago. Eran verdes, oscuras y brillantes, como los ojos de la hermosa dríada.

El atardecer se tornaba cada vez más brillante y a la tonalidad rosa se le agregaron múltiples matices de color naranja, amarillos. Un rayo verde salió del horizonte y atravesó el cielo oblicuamente.

Fue una visión fugaz, pero transmitía una emoción de quietud que invitaba a pedir un deseo. Entonces el mago quiso que no llegara jamás la desarmonía en su maravilloso mundo.

En esos instantes aparecieron millares de mariposas nocturnas que al resplandor del atardecer se veían como una gran nube dorada que avanzó por el cielo pasando por encima del mago.

El espectáculo era sobrecogedor y las mariposas de oro gritaron al unísono con sus diminutas voces agudas:

¡Te saludamos gran mago bueno al volar sobre tu cabeza!

-¿A dónde se dirigen? les preguntó el mago.

-¡Vamos en busca de las flores que se abren en la noche y nos atraen con su perfume!

-¡Es que aquí, no hay noche!- les replicó el mago.

-Eso no desmerece nuestro vuelo, porque ellas están ya abiertas desde el atardecer ¿No percibes su perfume? Es similar al que exhalan algunas madres humanas que lo dan todo por sus hijos. Transmite nuestro mensaje a los hombres de la Tierra. Nuestra vida es muy efímera y en ese corto tiempo polinizamos las flores para que den frutos. Debido a esto, nuestros cuerpos alados resplandecen de oro en el atardecer. Nuestro destino es el morir. El tiempo se nos acorta. Regocíjate con nuestro dorado y fugaz esplendor. De nada nos servirá en poco tiempo más. Nuestras alas de oro desaparecerán pero no nuestras buenas acciones.

¡Adiós mago bondadoso y sabio!

Entonces el mago meditó largamente sobre algunas flores de la Tierra que nadie las visita. No exhalan ya ningún perfume y no hay néctar en su frío corazón.

¿Y si una desinteresada abeja llegara hacia ellas?

-Su corazón cambiaría -dijo una voz- pero no supo de dónde provenía esa voz.

Por estar concentrado en sus pensamientos, el mago no se dio cuenta de que una sombra silenciosa saltaba de roca en roca rosada y transparente del atardecer y atrapaba algunas de las mariposas doradas.

Era un gato negro que ensayaba sus afiladas uñas de cazador.

No tenía intención de comerse las doradas alas, sólo estaba jugando con ellas y éstas volaban echas pedazos.

Se oyó un ¡click! y luego un sonido de baja tonalidad que duró poco tiempo. Después se fue apagando paulatinamente como un misterioso gong de colosales dimensiones.

Entonces el planeta giró y llegó el amanecer.

El mago se había caído de la roca debido al brusco movimiento.

Sentado ahora en el suelo -que era en ese instante de color aguamarina- observó delante de él un inusitado amanecer cuya luz se reflejaba y también se refractaba en las cristalinas aguas de un inmenso mar.

Sus aguas estaban quietas, purísimas y se podía observar sin dificultad el azuloso fondo de arenas y rocas.

Pequeñas ondas que llegaban hasta la orilla hacían que la superficie se viera con un tenue movimiento.

De improviso las ondulaciones de la superficie se tornaron más rápidas y apareció delante del mago la cara de una joven mujer. Era una ondina. Le había llamado la atención la silueta del mago sentado en la orilla y nadó desde las profundidades para observarlo mejor.

-¡Hermoso amanecer!- saludó el mago.

-Sí ¡Muy bello!, respondió la ondina sonriendo

deliciosamente.

-¿Tú eres el mago, el que ha llegado recientemente a nuestro planeta?

-Sí. Yo soy. ¿Y tú quién eres?

-Una ondina.

-¿Yo te traje con mis animales?

-No. Yo vivo aquí.

-¿Cuál es tu nombre, ondina?

-Me llamo Aurora Marrizada.

-Ese nombre va con tu aparición.

-Sí. Estoy despierta al amanecer y descanso al atardecer.

-¿Vives con alguien más?

-Me pleon pithú- respondió la ondina.

-¿Qué dices?

-No preguntes más. Está dicho en griego.

-¡Ah! No preguntaré otra vez. Pero me habría gustado saber si vives con alguien más...

-Sí. Con mi hermana ¡Oh! ¡Mi hermana! ¿Por qué has preguntado por ella? Está furiosa porque han invadido su planeta y tiene serias intenciones de destruirte a ti, a tus animales, a tus indígenas, a las dríadas y a las ondinas de la jungla, mis primas. Ellas me han encomendado rogarte que te vayas y evites la aniquilación de todos los que han venido hasta acá.

-¡Pero nosotros no tenemos intención de hacerle daño a nadie!-respondió el mago, muy angustiado.

-Por el hecho de llegar aquí, has perjudicado a los que hemos estado desde antes. Es la ley inexorable de lo que están y de los que llegan al mismo lugar. Los primeros se sienten vulnerables en su existencia y se molestan. Atacan y son atacados. Es la guerra.

-¡Yo no deseo la guerra sino la paz! Exclamó el mago. Veremos cómo podremos arreglar esto. En esos instantes, detrás de una roca celeste y transparente, saltó un gato negro de ojos amarillos, caminó parsimoniosamente, como lo hacen los gatos, con la cola en alto, y avanzó hacia el mago.

¡Miau! -saludó- y ronroneando frotó su costado en las piernas flexionadas del mago.

-¡Ah! ¡Gato!- dijo el mago malhumorado poniéndose de pie.

-Ágata- respondió el gato.

-No sabía que eras gata- se disculpó el mago.


-Mi nombre es Ágata respondió la gata y dando un sonoro maullido se transformó en mujer.

-El mago se quedó con la boca abierta, mudo de asombro.

Ágata era bellísima, fascinante y sus ojos llameaban de cólera.

Comprendo -balbuceó el mago. Tú eres la hermana de Aurora. Pero, no. No me dejaré destruir. Amo la paz ¡Amo el amor! ¡A bailar!

Y levantando un pie, hizo chasquear sus dedos y comenzó un

paso de danza.* La música se oyó entonces y Ágata quisiera o no, comenzó también a bailar. 

-¡No! ¡No quiero! - gritaba- ¡No quiero bailar!, y daba vueltas y giraba como una experta danzarina de ballet. Ella, al son del violín, y el mago al son del violonchelo.

Aparecieron en las aguas todas las ondinas que, junto con Aurora, empezaron a danzar al compás de la hermosa melodía de Vivaldi.

Ágata giraba y giraba con su ceñida malla negra, y sus ojos centelleantes en cada giro de cabeza se clavaban en el mago.

¡Qué lindo era verlos a todos!

¡Qué maravillosa melodía! Y las ondinas, por centenares, danzaban en las transparentes aguas con igual ritmo a la luz del amanecer.

-¡Yo no bailo al amanecer! Exclamaba Ágata, algo cansada de tanto girar.

-¡A mí me gusta danzar al atardecer! ...

Entonces se escuchó un ¡clac!, y el ronco sonido de un gong.

Todo terminó bruscamente.

Atardecía.

El mago quedó fascinado con la hermosa cara de Ágata.

Lo que no sabía el buen mago es que Ágata había quedado fascinada con la sonrisa del mago...

* *El primer movimiento del Concierto en Fa 544 para violín, cello, cuerdas y continuo, de Antonio Vivaldi.*

Ambos suspiraron. Una al amanecer y otro al atardecer del planeta Paralelepípedorromboideoprismatetrangular.

Entonces el mago deseó ir a la parte del amanecer del planeta para encontrarse con los ojos de Ágata y la hechicera decidió viajar hacia el atardecer para encontrarse con la bondadosa sonrisa del mago.

Y así lo hicieron.

Naturalmente, no se encontraron.

¿De qué color eran los ojos de Ágata?

Querida lectora, puedes, sin dificultad identificarte con ella, porque la hechicera cambiaba el color de sus ojos, de su cabellera y de su rostro, según su estado de ánimo o la faz del planeta en que se encontraba, a cualquier hora del amanecer o el atardecer. Así pues, sus ojos podían tornarse celestes, castaños, negros, verdes, grises, azules o amarillos de ira ¿y su cabellera? Igual cosa, hasta roja, albina, rubia, castaña, negra etc. ¿Y el sabio? Su rostro bondadoso no cambiaba ni de día ni de noche en la Tierra y tampoco en este nuevo planeta.

Pero su rostro demostraba ahora preocupación.

-He molestado y eso no me gusta- pensaba.

Preguntaré a mis animales qué debo hacer.

Con esos pensamientos estaba, cuando algo se movió cerca de sus pies. Era una piedra de color ocre y redonda. Pero, observándola

mejor, no era una piedra. Era una pequeña tortuga.

-Toma todo esto con calma- murmuró la tortuga.

La vida es así.

Y se durmió, con su cabecita escondida detrás de sus patas delanteras.

El mago sonrió. Quizás la pequeña tortuga tenía razón.

En esos instantes apareció un picaflor. El mago no sabía cómo había llegado. Había aparecido de súbito con su batir vertiginoso de alas.

-¡Actúa rápido y certeramente! Dijo el avecita. ¡Sino, perderás el néctar!

Y así como vino, así desapareció.

-¡Quizás el colibrí está en la razón!- sonrió el mago.

Buscaré otra opinión; y apareció un búho.

-Soy el espíritu del búho que tú has traído a este planeta- dijo el búho ¡tengo un hambre feroz! ¿No tienes un espíritu de ratoncillo que pudieras convidarme?

-Te he llamado en pensamiento para que me respondas con tus sabios consejos- dijo el mago.

-¿Quién tiene la razón? ¿La tortuga o el colibrí?

-Ambos tienen la razón- respondió el búho.

-Hay que actuar a su debido tiempo. Esos son mis consejos.

Diciendo esto, se alejó volando hasta desaparecer en el

horizonte.

En un lugar, en las otras caras del planeta, Ágata estaba intranquila. Por primera vez tenía sentimientos que la atormentaban y al mismo tiempo le daban placer.

-¡Lo odio!- se decía- sin embargo lo quiero...

Entonces, se dio cuenta de que estaba enamorada.

Y fue la primera mujer enamorada del planeta Paralelepípedorromboideoprismatetrangular.

-Estoy cansada de esperar- se dijo Ágata. Tendré que visitarlo, ya que él no viene a mí.

Diciendo esto, se montó - más bien, se sentó cruzando las piernas sobre su águila amaestrada y voló hacia el atardecer.*

Mientras volaba, el águila le gritó ¡Tienes que tomar todo esto muy en serio, con altura de miras!

Pero la hechicera no la escuchaba. Ella no oía consejos de nadie y menos de un águila voladora particular.

-¡Disminuye la velocidad! Ordenó la hechicera.

Frente a mí veo algo azul que se balancea en el aire.

Es un volantín o cometa gigantesca -dijo el águila- y es encumbrado por el mago; distingo perfectamente bien el hilo que sube desde las manos del mago, atraviesa las nubes y llega al volantín.

-Se me ha ocurrido una idea- dijo Ágata.

* Último movimiento del Concierto para violín y violonchelo RV5 47 en Si bemol de Antonio Vivaldi.

EL MAGO DEL AMANECER Y EL ATARDECER



Acércate a la cometa, revolotea alrededor y yo me sujeto a ella, de manera que el mago, cuando recoja el hilo, me encuentre a mí detrás de la cometa.

Así lo hizo el águila y Ágata se afirmó a los tirantes y luego se sujetó en la estructura de madera. Pero la hechicera no sabía que el artefacto volador se iba a desequilibrar con el peso de su cuerpo.

La cometa empezó a girar en círculos a pesar de tener una larga cola y perdió altura.

Entonces el mago, alarmado por la sorpresiva trayectoria de su juguete comenzó apresuradamente a recoger el hilo.

El volatín estaba cada vez más cercano y volaba inquieto hacia los lados. Hacía círculos cayendo en forma vertical con la cola hacía arriba.

Finalmente, el mago lo tuvo muy cerca de él por encima de su cabeza, y el volatín girando hacia un lado se enredó en un pequeño árbol. Detrás de él se oyó un crujido y un grito y la hechicera cayó de bruces a los pies del mago.

-¿De dónde has salido? Preguntó el mago, riéndose al ver a la hechicera apoyada en el suelo en una ridícula postura.

-¡Te odio! -gritó Ágata- ¿Por qué me obligas a hacer el ridículo?

El mago trataba de explicarle que no había sido su voluntad que ella se hubiera encaramado a su volantín y la hiciera caer del

cielo. Él debería ser el enojado, y reía a más no poder, pero pronto su risa se fue apagando al observar que al lado del arbolillo donde se había atascado la cometa, aparecían otras pequeñas plantas que crecían rápidamente y poblaban toda la región hasta el horizonte.

-¿Te has fijado en este bosque que crece con rapidez? -preguntó el mago.

-Naturalmente que lo he observado replicó la hechicera- porque yo lo planté.

Estoy cansada de tus numerosos espíritus de la selva que has traído a mi planeta. Por decir mejor, considero que no son felices aquí y he decidido crearles una selva para que vivan en paz y alegría.

-Nunca hubiera esperado una acción así de tu persona- exclamó el mago.

-Lo que pasa -dijo Ágata- es que he terminado por querer a todos los espíritus de tus animales, dríadas, ondinas e indígenas que has traído a mi planeta y también te quiero a ti...

Diciendo esto, Ágata la hechicera se cubrió el rostro con ambas manos y se puso a llorar.

El bondadoso mago no pudo soportar esta escena y levantándose del suelo, la abrazó para consolarla.

La hechicera nunca había estado en brazos de un ser humano y menos de un mago. Entonces, inquieta, le dio golpecitos en la espalda del mago con sus dedos para manifestarle que estaba

impaciente y que dejara de abrazarla.

Lo que Ágata no sabía es que el mago se había enamorado de ella en los primeros instantes en que la conoció y la había hecho bailar.

-Te quiero mucho -le dijo el mago- ¿deseas ser mi esposa?

En algunos meses más - respondió Ágata, emocionada. Era tal su felicidad que no se le había ocurrido qué contestar y había respondido cualquier cosa. En algunos meses más -repitió- cuando nos conozcamos mejor y los arbolillos se conviertan en una gigantesca selva. Así las dríadas habitarán dentro de sus árboles y los animales podrán vivir en su propio ambiente.

-Es una linda idea, comentó el mago.

Mientras dialogaban, la inmensa llanura se colmó de flores que brotaban de las plantas recién salidas.

-Te invito a caminar por esta pradera- dijo el mago.

Y tomados de la mano se alejaron hasta perderse en el horizonte. Las plantas crecían y crecían a sus pies y las flores de miles de colores de diferentes tonalidades se abrían y saludaban inclinándose levemente al pasar la pareja de novios.

Un exquisito perfume invadía el ambiente y los animales de todas las especies se acercaron para saludarlos con gran cariño.

El delicado aroma que emitía la pradera, subió al cielo y estimuló en el éter a mecanismos sonoros, exquisitos y secretos y se

oyó una armoniosa melodía de instrumentos sofisticados que llenaron el aire con sus acordes.

Llegaron a un paisaje totalmente diferente a lo que el mago había observado en su estadía en el nuevo planeta, porque ahora la superficie estaba invadida completamente por una frondosa vegetación verde, y arriba, los dos soles iluminaban en el cenit, uno al lado del otro, a esta sorprendente selva recién brotada.

Podríamos decir que era un doble y estupendo mediodía.

-¡Es asombroso! -exclamó el mago ¡Nunca me hubiera imaginado algo así!

-Es que estamos en un meridiano en que el eje del balanceo del planeta tiene su mínima expresión- comentó la hechicera.

-Aquí vivo yo. Nunca escucharás un “click” ni un “clack”, cuando el planeta gira hacia la aurora o hacia el crepúsculo.

-Pero oigo un “tic-tac” - repuso el mago.

-Ese tic-tac es el de mi corazón -dijo la hechicera- y se puso a reír.

-Es un tic-tac muy tierno y su dueña, maravillosa- murmuró el mago, sonriendo.

-Pero, veamos. ¿Qué tienes en esta jungla?

-Toda clase de animales. Están cautivos por tabiques invisibles de corrientes de electrones -dijo Ágata- Si osan atravesarlos, sienten una terrible picazón.

-¿Por qué los tienes cautivos? -preguntó el mago-. Podrías dejarlos en libertad.

-Así lo haré- dijo la hechicera - Pero la libertad tiene su precio. Si los dejas libres, dejan de ser domésticos, tienen que subsistir y se comen unos a otros.

-Es verdad- indicó el mago. Así ocurre en mi planeta.

Mientras se paseaban, llegaron frente a una jaula de oro donde un lindo canario los observaba.

-Bello pajarito ¿cómo te llamas? - preguntó el mago.

-Naranjín- respondió el canario.

-¿Te gustaría ser libre?

-Sí.

-¿Quieres que te abra la puerta de la jaula para que vuelas fuera de ella?

-No

-¿Por qué?

-Al estar adentro de la jaula pierdo la libertad que tú piensas que anhelo, pero aquí estoy más seguro.

-Es cierto- pensó el mago. En mi planeta he conocido a muchas personas similares a Naranjín. Se quejan de no ser libres por la rutina de su trabajo pero se sienten inseguros si se salen de donde están.

Más allá se encontraron con el gato negro, el que el mago

había visto cazando mariposas.

-¡Pero yo creí que eras el gato y te habías transformado en hechicera! - exclamó el mago.

-Fue un truco -señaló Ágata. Cuando me dijiste ¡Ah! ¡Gato! Se me ocurrió hacerte una broma. Yo estaba detrás de una roca rosada y le tiré al aire al micifuz unas pequeñas hojas secas que tenía en mi mano y tú creíste que eran alas doradas de mariposa.

Cuando observabas las hojas al atardecer, salí detrás de la roca y el gato se escondió en otra.

En realidad mi nombre no es Ágata sino María Cristina.

-¡Ah!, pensó el mago. Así que no me he enamorado de Ágata sino de María Cristina.

-Así es, dijo María Cristina. Ven, te llevaré a un hermoso jardín.

Llegaron a un claro del bosque, donde se dejaban admirar las más exquisitas flores que puedas imaginar. Al fondo de este fantástico jardín, había un palacio construido con rocas de cuarzo transparente de tonalidades rosadas y otras celestes.

Delicadas fuentes, hechas de estas mismas rocas, lanzaban finos chorros de agua que se transformaban en suave rocío que caía sobre las flores.

Detrás del palacio se divisaba un extenso lago de tranquilas aguas cristalinas. Su superficie se perdía en el horizonte iluminado

por los dos soles.

A pesar de que éstos emitían mucha luz, no se sentía calor ya que corría una fresca y profunda brisa que venía del prado de flores.

De la jungla se escuchaban armoniosos trinos de toda clase de aves y otros misteriosos gritos de animales de la selva.

Entraron al palacio tomados de la mano y el mago observó cómo los rayos luminosos de los soles se filtraban por las paredes transparentes, dando diferentes tonalidades, rosadas y celestes a los pasillos y salas. Éstas estaban adornadas con todo tipo de lujosos muebles.

Lo más hermoso, es que las tonalidades de luz, se mezclaban dando así matices de suaves colores.

El trino de los pajarillos se oía desde afuera y también la caída del agua de los surtidores de las fuentes.

También se escuchaban dos tic - tac que se entremezclaban entre sí:

Tic tac tic tica ac tac tic tac tic tac tic tac atic tic

Eran el latir de los corazones de la hechicera y el mago, que lo hacían al unísono porque estaban enamorados.

Entonces, los habitantes del planeta se reunieron alrededor de los novios con gran algazara.

Y del cielo bajó una paloma que revoloteó sobre ellos y los bendijo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y les

habló.

Recuerdo que les dijo estas santas palabras:

“Tengan todos un mismo sentir.

Compartan las preocupaciones de los demás con amor fraterno. Sean compasivos y humildes”...*

Después, la maravillosa paloma voló hacia lo alto y desapareció en el cielo.

El esposo y la esposa se dieron un beso.

¡Ahora comienza la fiesta! - dijo el mago, pleno de dicha.

¡Vamos a bailar!

Y todos bailaron con gran alegría, desde el atardecer hasta el amanecer.**

Si ustedes quieren saber el fin de esta historia, les contaré que los novios pasaron su luna de miel en la Luna.

Allí disfrutaron del día y de la noche recorriendo en un extraño carruaje antigravitacional (muy parecido a un globo), la faz oscura y luminosa de ese planeta.

Después, volvieron a su extraño mundo y vivieron muy felices rodeados del espíritu de todos los seres que hemos conocido en este cuento.

Así, se acaba la historia del Mago del Amanecer y del Atardecer, que vivió con su esposa María Cristina en el planeta Paralelepípedorromboideoprismatetrangular, iluminado por dos

* 1era. Carta de San Pedro 3 - 8

** Concierto en F R V 544 (P 308) para violín, violoncello, cuerdas y continuo. Antonio Vivaldi.

soles y tres lunas y rodeados de numerosos hijos y de todos los muchos seres queridos que los amaban.

Nunca olvidaron y cumplieron con las santas palabras que les había dicho la paloma del cielo, en ese atardecer del día de su matrimonio.

¿Las recuerdan ustedes?

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.